

## LA VIEJA LOCOMOTORA

**V**íctima de la transición que impone siempre el progreso, la pintoresca locomotora que otrora compeaba por nuestro litoral costero, cesó en su jadeante carrera y rindió su pendón de humo negro. Su estridente silbato se ahogó en el silencio que le impuso la ley de cambio. En algún cementerio de chatarra yacerán en reposo sus enmohecidos miembros.

Quien vivió cerca de la pista del "caballo de hierro", tiene que añorarlo... Quien se extasió contemplando sus volutas de humo jaspeando el cielo, lo echa de menos... Quien corrió a su compás reteniendo una mano de mujer y prolongando un adiós, no lo puede olvidar.

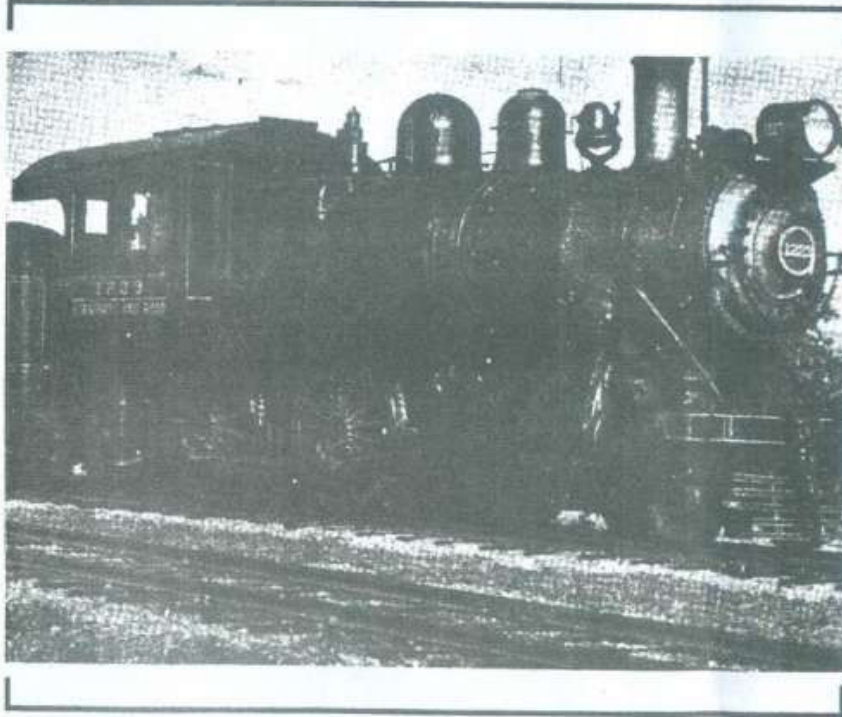
La vieja locomotora era el reloj del pueblo. Había tal puntualidad en sus horas de arribo, que nos sirvió para medir el tiempo. A las diez de la mañana pasaba el tren-correo rumbo a la costa sur y regresaba al oscurecer. A las tres de la tarde hacía su escala el tren de carga. Ese era el itinerario regular para esa clase de servicios.

Durante la zafra era otra cosa. Entonces rugían a todas horas las poderosas "cañeras" remolcando veinte o veintidós vagones repletos de caña de azúcar. La colosal "21" hacía temblar hasta los cuadros colgados en la pared. El estrépito de su hálito de vapor ponía los pelos de punta. Era impresionante.

Las "cañeras", a menos que no llevaran vía franca, siempre hacían escala en la "trinchera", cerca de "La Económica". Al reanudar su marcha patinaban de lo lindo, y era preciso el derrame de arena sobre los rieles para lograr arranque. La arena le proveía agarre y lentamente cobraba el impulso necesario para emprender la empinada curva de Borinquen. Una densa nube de humo envolvía la barriada, mi barriada... A ese ruido y hollín se acostumbró mi carne y espíritu, que aún las echo de menos.

Volvamos al tren de carga. El "express". Este llegaba usualmente a las tres de la tarde. Alguien se asomaba desde una vagoneta. Alguien con pómulos encendidos y nieve en la sien. Su sonrisa, jovial... Frenaba el tren y descendía al andén un corpulento señor que más que puertorriqueño, parecía un irlandés. Era don Diego Luna. El fornido empleado del ferrocarril. Capaz de levantar en vilo un hombre con una mano. Los bultos pesados eran juguetes para él. Nos alzaba en son de broma. Nosotros le dábamos la mano por una "trillita" en el tren. Descargada la mercancía, Nisio, el barrigón, se encargaba de hacerla llegar a su destino.

Y ahora, una mirada retrospectiva para esperar el tren de pasajeros. Era costumbre dejarse correr por la estación del ferrocarril a sus horas de arribo, especialmente cuando uno era un mozalbete imberbe. Era curioso observar los pasajeros. Caracteres cuyo comportamiento durante la parada o escala, revelaban involuntariamente su personalidad. A veces, la ventanilla enmarcaba el perfil de un "comedor de habanos". Embebido en la lectura del periódico, cambiaba incesantemente el cigarro de un lado a otro de la boca, mermando su tamaño, y sin percatarse siquiera ni del pueblo en que hacía escala.



Otras veces, la misma ventanilla nos mostraba unos ojos negros, tras una redecilla y bajo el ala ancha de un sombrero español. Una beldad del pincel de Romney no hubiese lucido mejor.



Siempre se asomaba algún preguntón, a quien había que darle toda clase de información, desde el nombre del alcalde hasta el salario del juez. Y así, desde el chupador de "paletas", el comedor de maní, el devorador de revistas, hasta el más renuente pasajero, todos dejaban una impresión diferente durante el corto intervalo de la parada.

A la estación acudía la oferta. La batea de Ché repleta de dulces. Luis y Aníbal Cintrón, así como Juan Cardoza, ofrecían sus rellenitos de papas. "Mangó" con su crema de coco. Alguien con conos de gofio. Y todos entonaban su pregón. Nunca perdían un tren. Su preciosa carga consumía sus productos, y esto ayudaba... Ayudaba a proveer un medio de vida... De vida humilde con aureola de honradez. Siempre algún chusco les gastaba alguna broma pesada, pues a veces éste retenía el pago hasta que la locomotora iniciaba la marcha. Entonces metía la mano al bolsillo en un gesto desesperado y simulado por encontrar la moneda. Nuestro vendedor corría apareado a la ventanilla sin perder su cliente y con la mano tendida. El tren ganaba velocidad mientras la moneda se enredaba en los pliegues de la pocavergüenza. Finalmente, el chusco sacaba medio cuerpo por la ventanilla para endilgarle un "apúntamelo en el hielo". Ni corto ni perezoso, nuestro vendedor frustrado ripostaba con una andanada que el eco censuraba y nos devolvía un "¡.....uta!"

El tren compartió las glorias de nuestra compañía de la Guardia Nacional, cuando ésta se superaba siempre y conquistaba la copa, el preciado trofeo ganado en los campamentos de Tortuguero o Salinas. Comandaban la misma los Capitanes Alfredo Martínez, primero, y Ubaldo del Toro, después. Tuto Mendoza, Abdón Nazario y Don Tite Pabón, eran entonces Tenientes. El triunfo era de todos: oficiales, soldados y bisoños. El pueblo entero se daba cita en la

estación del ferrocarril para darles la bienvenida y disfrutar del triunfo. Todo era música y algarabía.

El tren cargó peloteros y fanáticos del béisbol de antaño, cuando Boquerón era la sede de reñidos desafíos. Hasta los vagones se pintaban a color para darle pimienta a la temporada. ¡Qué tiempos!

Quizás Veguita, no tenga gratos recuerdos del "caballo de hierro", ya que tuvo una mala experiencia. Veguita era el mensajero del telégrafo de Cabo Rojo, experto ciclista. Sirvió 43 años repartiendo telegramas. Decidió una vez conocer nuestra ciudad capital, y, haciendo a un lado su bicicleta, abordó el "caballo de hierro". Como el continuo y monótono "ta-que-ta-que" del tren tenía efectos de barbitúrico, Veguita dormitaba... Oyó una voz amiga que decía: "Vegá, baja". Saltó rápido del tren, agradeciendo la voz amiga que le avisó que había llegado a la capital. No tardaron en informarle que se encontraba en VEGA BAJA. Noguerras, el conductor del tren, acostumbraba anunciar los puntos de llegada, y Veguita creyó que le ordenaban bajar y bajó. Regresó en pon..., en un camión que conducía azúcar hasta Mayagüez. Esa vez no conoció a San Juan.

Con el tren desapareció Enrique "El Cojo", que cargaba la correspondencia, Dionisio, que entregaba la mercancía, y "Cielo", que recogía las películas para el cine.

Como último vestigio de esa era, nos queda la vieja estación del ferrocarril, que quiera Dios escape a la destrucción por el hombre. Y nos place convivir con sus últimos Jefes de Estación: Don Pedro Vélez y el señor Ovidio Rodríguez Sotomayor.